

Javier Corrales

El subsidio a la oposición: las ventajas para el oficialismo

Este ensayo intenta aportar un argumento sobre las causas de la inestabilidad política durante el gobierno de Hugo Chávez (1999-presente).¹ La inestabilidad política no llegó a Venezuela con Chávez (Hellinger 2003; Corrales 2002; Weyland 2002; Canache 2002; Ellner 1993), pero con Chávez ha llegado a extremos nunca vistos desde 1958. Venezuela bajo Chávez adolece de un tipo de inestabilidad en particular, la polarización entre dos bandos: oficialistas y opositores, con un bando menor intermedio que se niega a sumarse a uno o al otro (*Consultores21*; Gil Yepes 2003).

Las explicaciones sobre esta polarización suelen ser dos. Una explicación, de corte neo-marxista, interpreta la polarización como el resultado de un conflicto económico-estructural. Según este relato, fuerzas populares llegaron asombrosa y democráticamente al poder bajo el liderazgo de Chávez, desde donde tratan de defender posturas económicas en pro de grupos marginados y en contra de los agentes de la globalización capitalista (Wilpert 2003; Gott 2000; López-Maya/Lander 2000). Un gobierno de dicho corte progresista, dirían los marxistas, inevitablemente engendra resistencias por parte de los intereses comprometidos con el status quo. El defecto principal de esta explicación de la polarización es que no puede explicar el perfil de la oposición: es multitudinaria en tamaño (en vez de minoritaria), abarca múltiples estratos económicos (no simplemente a los privilegiados), y alberga diferentes tendencias ideológicas, inclusive a antiguos seguidores de la propuesta socio-económica de Chávez (no sólo a conservadores).

La otra explicación de la polarización se basa en la idea de que Chávez ha violentado la democracia en Venezuela, reemplazando la democracia con un “cultismo a su persona” Falcoff (2001) y entablado

1 Una versión más elaborada de este trabajo aparece en Corrales (2003).

relaciones con regímenes y grupos anti-democráticos en el exterior (Robinson 2003; Boersner 2003). Según este relato, la inestabilidad es producto del autoritarismo del gobierno, que ha generado resistencias por parte de la sociedad civil. No cabe duda que el gobierno ha cometido ciertas violaciones de derechos humanos y políticos y que ha amedrentado –o peor aún, colmado con seguidores leales– las instituciones que se suponen cumplen la función de rendimiento de cuenta horizontal. Todo ello es preocupante en cualquier democracia. Sin embargo, estas violaciones y contactos externos no-democráticos no son más graves que los que han ocurrido en otros gobiernos recientes en América Latina (en México en los años 80, en Argentina y Perú en los 90), inclusive en la misma Venezuela, sin que éstos generasen niveles semejantes de inestabilidad. Y a pesar de todo, en Venezuela, siguen rigiendo plenamente las libertades civiles y políticas. La calidad de la democracia se ha deteriorado, pero el nivel de deterioro (es decir, el nivel de autoritarismo) no corresponde con el nivel de polarización en Venezuela.

Este trabajo por lo tanto busca otra explicación. El problema en Venezuela es más delicado –pero no por ello más sencillo– que un conflicto estructural o una implantación de una dictadura. Se trata de la violación de una norma en el ejercicio de la democracia, norma que no suele ser reconocida como fundamental para la democracia, aun por los defensores de la democracia liberal. Esta norma es el subsidio a la oposición.

Casi todos los teóricos de la democracia liberal coinciden en que un principio máximo de toda democracia es el respeto por las minorías, y sobre todo, la disidencia. Sin dicho respeto, obviamente, no hay democracia. La complicación ocurre cuando surge una división de fuerzas extremadamente asimétrica entre oficialismo y oposición, es decir, cuando los oficialistas obtienen mucho más caudal electoral que la oposición. En dichas situaciones, el mero respeto a la oposición es insuficiente. Ello cumple con los requisitos de una democracia, pero no con los requisitos para una democracia estable. Dada la posición desventajosa de la oposición, gozar de un simple respeto significa poco para la oposición. Para no sentirse desventajada por el régimen, la oposición precisa de mucho más que respeto. Necesita también de garantías, y sobre todo, de subsidios. La necesidad de garantías mutuas en las constituciones democráticas lo reconoce la literatura de

democratización desde los años ochenta (O'Donnell/Schmitter 1986; Di Palma 1990; Karl/Schmitter 1991; Przeworski 1991); la necesidad de subsidios políticos no se reconoce tanto, pero es crucial (Reynolds 2002). Venezuela demuestra que la falta de dichos subsidios atenta contra la estabilidad democrática.

1. Chávez en comparación a otros casos legendarios de inestabilidad/polarización

Antes de pasar al tema del subsidio a la oposición, conviene situar el gobierno de Chávez desde una perspectiva comparada. Hay dos maneras de catalogar al gobierno de Chávez. Una vez como ejemplo de los muchos gobiernos populista-nacionalista clásicos latinoamericanos que generan alta inestabilidad política (Braig 2003). Ejemplos notables son los gobiernos de Gerardo Machado en Cuba (1925-1933), Betancourt en Venezuela (1946-1948), Juan D. Perón en Argentina (1946-1955), Joao Goulart en Brasil (1961-1964), y Salvador Allende en Chile (1970-1973).

Otra manera es catalogar el gobierno de Chávez como un ejemplo de los varios gobiernos neófitos que se han puesto de moda en América Latina desde finales de los ochenta. Este tipo de gobierno ocurre cuando llega al poder un candidato sin trasfondo o carrera política (es decir, sin experiencia con cargo electivo). El candidato irrumpe en la escena política de un modo relámpago y hace campaña electoral sin contar con –y a menudo, enfrentado contra– las maquinarias partidarias tradicionales. Entre los regímenes de este tipo que han generado inestabilidad (o más bien, impaciencia por parte de la oposición) se encuentran Fernando Collor de Mello en Brasil, Alejandro Toledo en Perú y Lucio Gutiérrez en Ecuador.

Como lo demuestra el Cuadro 1, el régimen de Chávez –en cuanto al perfil del gobierno y el perfil de la oposición– comparte características con todos estos regímenes, pero no de modo perfecto. Siempre existe alguna diferencia marcada entre el caso venezolano y cada uno de los casos que aparecen en el cuadro. Es probable que al lector le parezcan debatibles algunas de las clasificaciones que hago en dicho cuadro. Pero mi propósito no es dar una clasificación detallada sobre cada uno de estos regímenes. Simplemente pretendo señalar que el gobierno de Chávez no es ni tan típico ni tan atípico. Despliega carac-

terísticas que lo asemejan con regímenes populistas clásicos o regímenes de neófitos más recientes, pero también tiene características únicas.

Una de las características que el gobierno de Chávez comparte con muchos de estos gobiernos, sobre todo aquellos en el que el oficialismo contaba con mayorías electorales fuertes, es un desconocimiento de la oposición. El resto de este ensayo aborda este tema.

Cuadro 1: Características sobre las relaciones entre gobierno y oposición: Venezuela en comparación

Gobierno de Hugo Chávez (1999-presente)	Regímenes populistas Clásicos					Regímenes de Neófitos	
	Cuba	Ven.	Arg.	Brasil	Chile	Perú	Ecuador
	Machado	Trienio	Perón	Goulart	Allende	Toledo	Gutiérrez
	1925-33	1045-48	1946-55	1961-64	1970-73	2001-	2002-
Características del gobierno							
Presencia militar	√		√				√
Agenda de campaña: populista	√	√	√	√	√	√	√
Política económica de gobierno: populista	√	√	√	√	√		
Descenso marcado de popularidad del Pres.	√					√	√
Desconocimiento de la oposición	√	√	√	√			
Depresión económica	√				√		
Desconocer/sobrepasar el parlamento	√	√	√	√	√		
Características de la oposición							
Partidos políticos en derrumbe o débiles	√			√		√	
Nuevos grupos civiles de oposición	√	√				√	√
Participación militar en la oposición	√	√	√	√			
Participación empresarial		√	√	√	√		
Participación de sindicatos						√	√
Participación de la iglesia		√	√		√		
Participación de ex colaboradores del gobierno							√

2. Las tentaciones del mayoritarismo

La característica principal del gobierno de Chávez que a mi juicio más culpa tiene de la polarización que vive el país es el mayoritarismo desenfrenado con el que se inauguró el régimen (Coppedge 2003). Chávez llegó al poder con el beneficio de un caudal de votos impresionante. Contar con dicho caudal no es una violación democrática. Sí lo es haber intentado usar dicho caudal político para colocarles trabas a la oposición partidaria. El uso del poderío mayoritario para tratar de desplazar a la oposición ha sido la causa principal de la inestabilidad política.

Para ilustrar este problema conviene comenzar con un planteamiento abstracto. Supongamos que en una democracia plena, luego de unas elecciones libres, el oficialismo obtiene una gran mayoría (digamos el 70% de los votos) y la oposición obtiene una gran derrota (digamos el 30%). Esta correlación de fuerza es sumamente cómoda para el oficialismo.

En este momento, el oficialismo enfrenta tres opciones sobre cómo relacionarse hacia la oposición. La primera opción es **respetar** dicha correlación de fuerza. El oficialismo lleva a cabo elecciones. En todas las elecciones la oposición pierde. La oposición por lo tanto no consigue ocupar puestos políticos importantes o mayoritarios. Tiene un poder de negociación disminuido, y por lo tanto no logra detener, ni posiblemente influir, las iniciativas del ejecutivo. El gobierno gobierna contento y la oposición sufre un desaliento perenne.

No obstante, dentro de la opción de respetar la oposición, existe un riesgo para el oficialismo. La oposición no desaparece del todo. Ella retiene ciertos ámbitos de poder (control sobre algunos escaños en el Congreso, en las gobernaciones, en las instituciones de la sociedad civil). Más aún, la oposición cuenta con la capacidad de recuperarse. Por lo tanto, el beneplácito con el que gobierna el oficialismo bajo una política de respeto hacia la oposición no es duradero, existe la posibilidad del renacimiento de la misma, lo cual puede serle desventajoso al oficialismo.

Por lo tanto, la segunda opción del oficialismo es tratar de **desplazar** y **desactivar** (es decir, desalojar del poder y crearle trabas operativas) a la oposición. El gobierno se vale de su espectacular caudal político para tratar de debilitar aún más a la oposición, la cual se en-

cuentra, luego de unas elecciones desastrosas, en una situación particularmente vulnerable. Dicha estrategia de debilitamiento de la oposición acarrea una ventaja sobre la estrategia de respetar la oposición: puede quedar para siempre desarticulada, incapaz de recuperarse a corto y mediano plazo y, por ende, representar una amenaza para el oficialismo. Pero también acarrea un peligro: la oposición puede hallar maneras de sobrevivir el ataque, convirtiéndose entonces en una fuerza política desleal.

La tercera opción es la de tratar de **subsidiar** la oposición. Esta alternativa consiste en otorgarle a la oposición más poder político del que arrojaron los resultados electorales. No basta únicamente con respetar los puestos conseguidos por la oposición por vía de las elecciones. El oficialismo hace todo lo posible por darle mayores cuotas de poder e inclusive incorporar a la oposición en la toma de decisiones.

Naturalmente, el oficialismo tiene pocos incentivos para seguir esta opción tercera: ¿qué fuerza política voluntariamente subsidia a su oposición? El único incentivo que tiene el oficialismo es que, con esta política de subsidio, la oposición se puede transformar en un actor leal y cooperador con el oficialismo. Pero ello es una apuesta insegura. Ante una oposición débil, un oficialismo va a tratar de aprovecharse de dicha debilidad para propinar golpes más duros contra ella, para así desarticularla de una vez y por todas. Nos encontramos ante una proposición contra-intuitiva: mientras más débil sea la oposición, más tentación va a sentir el oficialismo de tratarla con dureza.

El gobierno de Chávez, en su primer año, se decidió por la segunda opción. Es la misma opción que Alberto Fujimori siguió en Perú en 1990: desplazar y aplastar los partidos y grupos de oposición. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió bajo Fujimori, Chávez no logró su cometido de acabar con la oposición. Al contrario, sólo logró desatar su furia, sino incentivó, su resurgimiento y recomposición.

3. Chávez a la hora de fundar un nuevo régimen: afán por desactivar la oposición

El gobierno de Chávez llega al poder con una mayoría cómoda. Obtiene el 56% de los votos en las elecciones presidenciales de diciembre de 1998. Más aún, de los pocos partidos de oposición que sobrevi-

vieron, la mayoría se encontraba dividida. No obstante, la oposición no se encontraba exenta de poder —controlaba cerca del 54% del Congreso y la mayoría de las gobernaciones. Respetar dicha representación de fuerzas le significaba a Chávez aceptar un gobierno dividido—un poder ejecutivo carente de control del poder legislativo y de las gobernaciones. Para Chávez, respetar dicha situación política le resultaba desventajoso, pues significaba tener que negociar con la oposición todas sus medidas “revolucionarias”. Buscó por lo tanto el modo de desarticular la oposición, y principalmente, de tratar de desalojar de las instituciones públicas a los representantes de la oposición. Para ello usó el proceso de la reforma constitucional de 1999.

Las elecciones de delegados para la Asamblea Constituyente magnificó extraordinariamente la asimetría entre el oficialismo y la oposición. A pesar de que el oficialismo obtuvo no más del 70% de los votos, las leyes electorales y los errores de la oposición (Penfold 1999) dieron lugar a una proporción de delegados hiper-asimétrica: el oficialismo logró ocupar el 93% de los escaños en la Asamblea Constituyente. A partir de este momento, comienza el proceso por parte del oficialismo de restringir y desplazar la oposición. El oficialismo utilizó el organismo en el que tenía hiper-mayoría para crearle barreras a la oposición.

El intento de restringir a la oposición comenzó en el seno mismo de la Asamblea Constituyente. Carentes de poder de negociación debido a su baja representación (menos del 5% de los escaños), la oposición fue incapaz de frenar el presidencialismo excesivo que impulsaba el oficialismo. A pesar de que la Constitución final garantiza un gran número de derechos civiles, el texto es sumamente hiper-presidencialista y adverso hacia los grupos de oposición. Por ejemplo, el financiamiento público de los partidos políticos quedó abolido. Un número mayor de leyes pueden ser creadas por vía del referendo en vez de por vías legislativas. El Congreso, que es el lugar por excelencia donde la oposición ocupa espacios, perdió la capacidad de supervisar las Fuerzas Armadas. El presidente obtuvo un mandato de 6 años, con la posibilidad de reelección. Si el Congreso votase tres veces en contra del presidente, el presidente puede disolver el Congreso (Combellas 2003; Maingon *et al.* 2000).

La oposición no pudo bloquear el anhelo hiper-presidencialista del ejecutivo, y es por ello que la oposición salió perdiendo. Sin embargo,

ella pudo haber aceptado el texto final, por más desfavorable que fuera, ya que creaba espacios políticos que podía tratar de conquistar. Igualmente, la nueva Constitución creaba ciertos mecanismos de control sobre el ejecutivo. Lo que la oposición no pudo aceptar fueron las facultades que el ejecutivo le otorgó a la Asamblea Constituyente, no sólo para cambiar las reglas del juego (es decir, la Constitución), sino también la composición de las instituciones públicas, aquellas mismas que la Constitución consagra como mecanismos de control sobre el poder ejecutivo. En agosto del 1999, por ejemplo, la Asamblea tomó las cedes del Parlamento. En septiembre, la Asamblea destituyó a la gran mayoría de los jueces federales. En noviembre, la Asamblea apoyó un decreto que restringía arbitrariamente la duración del debate sobre la reforma, para con ello apurar el proceso de redacción. En diciembre, una semana después de la aprobación de la nueva Constitución, la asamblea decretó el “Régimen de Transición del Poder Público”, con lo cual se dismantelaron el Congreso, las legislaturas estatales, las autoridades de la Corte Suprema de Justicia, la Fiscalía y Contraloría Generales de la República, y el Consejo Nacional Electoral. Este limpiamiento de las instituciones políticas se hizo con el aval del poder ejecutivo.

Estas medidas fueron el equivalente a un auto-golpe. Se usó un ente político que contaba con hiper-mayoría oficialista para desalojar las instituciones públicas y recolonizarlas con adeptos al gobierno. Se bloquearon los espacios posibles que la oposición podía ocupar. Dicho proceso, por consiguiente, impartió la sensación de amenaza entre la oposición. Ella concluyó que cooperar con el ejecutivo, en vez de aportarle más ramas de poder, le traía irónicamente más retrocesos políticos, más pérdidas de terreno político. La colonización de poderes, tanto en el texto de la nueva Constitución como en las acciones que llevó a cabo el oficialismo durante el proceso de redacción, llenó de terror a la oposición. A partir de enero del 2000, la oposición en Venezuela entra en estado de pánico ante un ejecutivo que se le veía obstinado en conseguir el aplanamiento de la oposición.

Conviene comparar el comportamiento del oficialismo durante la inauguración de la Quinta República con el del oficialismo en otros momentos fundacionales en Venezuela. La primera comparación es con el Trienio. En aquél entonces, el oficialismo se comportó de la misma manera: es decir, trató de desplazar la oposición y de negarle

cualquier tipo de subsidio político. Al igual que el MVR (Movimiento Quinta República) en 1999, AD (Acción Democrática) llegó al poder con una asimetría extraordinaria. Dicha asimetría se reflejó claramente en la Asamblea Constituyente de 1946: AD obtuvo el 85% de los escaños. Al igual que el MVR en 1999, AD procedió entonces a redactar una Constitución que le abría muy pocos espacios a las fuerzas de la oposición.

Cuadro 2: Asimetría entre el oficialismo (O) y partidos de oposición (POs)

	O	POs	Asimetría G-POs	Fuente
<i>Trienio (Asimetría alta)</i>				
1946 Delegados a la Asamb. Const. (% de escaños)	85,63	14,38	71,25	Kornblith
<i>Punto Fijo (Asimetría baja)</i>				
1958 Elecciones presidenciales (% de votos)	49,18	50,82	-1,64	CNE
1958 Diputados (% de escaños)	54,90	45,20	9,70	CNE
1961 Comisión Constitucional (% de escaños)	36,36	63,56	-27,20	Kornblith
<i>Quinta República (Asimetría alta)</i>				
1998 Diputados (noviembre) % de escaños)	46,20	53,80	-7,60	CNE
1998 Presidencial (diciembre) (% de votos)	56,20	42,79	13,41	CNE
1999 Delegados a la Asamb. Const. (% de escaños)	93,13	4,50	88,63	Penfold
2000 Presidenciales (% de votos)	59,76	40,24	19,52	CNE

G: AD en Trienio, AD en Punto Fijo, AD en 1989-1992, MVR+MAS+PPT en la Quinta República.

En cambio, a la hora de fundar el régimen democrático de 1958, el oficialismo se comportó del modo opuesto. En las elecciones de 1958, el oficialismo obtuvo un 49% de los votos para presidente, y un cómodo 55% de los votos en el Congreso. A pesar de esta mayoría, el oficialismo no cayó en la tentación de desplazar la oposición, sino al contrario, hizo lo posible por subsidiarla. Dicho subsidio se evidencia en el modo en que se decidió redactar la Constitución de 1961. En vez

de hacer elecciones directas, lo cual hubiera creado una delegación numéricamente ventajosa para el oficialismo, éste concordó con la oposición seleccionar a los delegados en base a cuotas de poder, cuotas que le eran sumamente favorables a la oposición. Se designaron 22 delegados para la comisión constituyente, 8 de los cuales eran del oficialismo, 11 de la oposición y 3 independientes. Es decir, mientras que la oposición sólo controlaba el 45% del Congreso, el oficialismo le otorgó casi el 66% de la representación política en la comisión constitucional. A la hora de crear las reglas del juego político, el oficialismo fue más allá de respetar las fuerzas de la oposición; terminó inclusive otorgándole un inmenso subsidio político. El resultado de dicho subsidio es que las fuerzas de oposición beneficiadas se volvieron leales al nuevo régimen.

El subsidio del pacto de Punto Fijo y la Constitución de 1961 hacia los grandes partidos de oposición (no de los partidos pequeños) ha sido bien estudiado (Corrales 2001) y generó exceso de consenso, e inclusive, cartelismo político (Maihold 2003). Lo que conviene recalcar es que Venezuela ha presenciado en su historia ejemplos de ambas estrategias posibles del oficialismo: subsidio a la oposición (1958-1961) y repudio de la oposición (1948 y 1999). No es coincidencia que las estrategias de repudio hayan generado la inestabilidad política más profunda.

4. Recuperación de la oposición

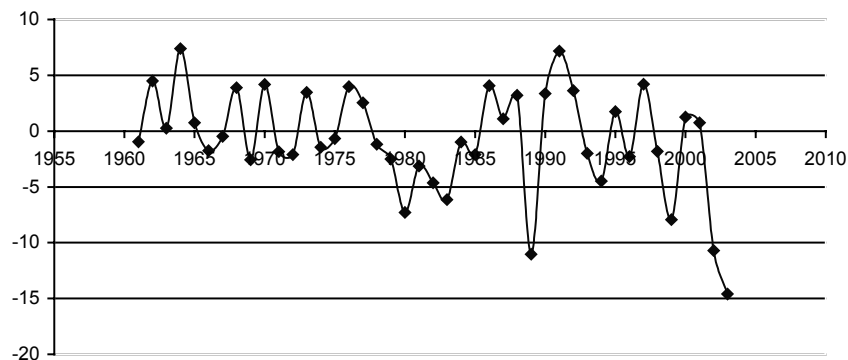
Para que la estrategia de desplazar y desactivar la oposición funcione, se deben de cumplir dos condiciones. Primero, el oficialismo debe ser capaz de ofrecer al electorado grandes triunfos en su gestión de gobierno. Segundo, los partidos de oposición deben estar sumamente debilitados a la hora del ataque, y más aún, desprovistos de aliados en la sociedad civil y en el extranjero. Ninguna de estas dos condiciones se dio en Venezuela entre el 2000 y el 2002. Es por ello que el oficialismo fracasó en su intento por doblegar la oposición.

En cuanto a los resultados de la gestión de gobierno, no existe indicador más revelador que la evolución del producto interno bruto (PIB) per cápita. Como lo demuestra el Cuadro 3, la gestión de Chávez ha arrojado un año de recesión (1999), dos años de crecimiento anímico (2000 y 2001), que es todavía más pobre si se toma en cuenta

el estímulo generado a raíz del aumento del precio del petróleo), y dos años de depresión económica (2002 y 2003). Es uno de los desempeños económicos más desastrosos de Venezuela desde 1959.

Conviene comparar este desempeño con el del gobierno de Alberto Fujimori en Perú a principios de los 90, régimen que sí logró desarticular la oposición partidaria. En sus primeros años de gobierno, sobre todo luego de su auto-golpe de 1992, Fujimori eliminó la inflación, restauró el crecimiento y la inversión, y aumentó el gasto público. Chávez no ostenta ningún logro semejante, razón por la cual el oficialismo ha perdido adherentes y sufrido deserciones importantes (Welsch 2003).

Cuadro 3: PIB per cápita, crecimiento anual (%)



La otra condición es que la oposición partidaria resultó no estar tan debilitada como se imaginó el gobierno. Los partidos de oposición habían retenido, renovado o creado arraigos electorales en las gobernaciones. Más aún, los partidos supieron compensar el deterioro de las maquinarias partidarias con la construcción de lazos nuevos con grupos diversos de la sociedad civil. Para el año 2001, la oposición partidaria estableció nexos y alianzas entre sí (Maingon 2003), y más destacadamente, con los sindicatos, los empresarios, diversas organizaciones no-gubernamentales y barriales, el sector educativo, la iglesia católica, los medios de comunicación, las universidades, antiguos colaboradores del régimen de Chávez, y militares. Muchos de estos grupos eran enemigos acérrimos entre sí, antes de Chávez. El hecho de que el oficialismo generó polémicas con cada uno de estos grupos

indudablemente facilitó la tarea de los partidos de oposición de entablar lazos con ellos.

Para principios del año 2000, la oposición ya estaba convencida que el oficialismo no era de confiar. Para el año 2002, la oposición contaba con coaliciones necesarias para poder levantarse políticamente. Pero una vez recuperada la fuerza política, la oposición cometió su principal error hasta la fecha, perder control sobre los sucesos de abril del 2002. Luego de forzar a Chávez del poder el 11 de abril del 2002, la oposición instaló un nuevo gobierno, dirigido por Pedro Carmona, que procedió a abolir la Constitución y a perseguir a los seguidores de Chávez. Carmona se convirtió instantáneamente en una réplica del monstruo contra el cual la oposición se había levantado, un oficialismo que, lejos de subsidiar la oposición, pretendía destruirla. De inmediato, Carmona perdió apoyo de la mayoría de sus colaboradores, lo que provocó su caída y el regreso de Chávez. Pero el país se quedó con el trago amargo, es decir con la impresión que tanto el oficialismo como la oposición se encontraban indispuestos a tolerarse mutuamente. Mientras cada bando mantenga dicha actitud, la posibilidad de atenuar la polarización en Venezuela es remota.

La decisión de la oposición del 2003 de optar por el referendo revocatorio para solucionar su diferencia política con el oficialismo constituye un paso correcto en favor de la despolarización política. Al aceptar someterse al referendo, la oposición está haciendo uso de instrumentos constitucionales, lo cual significa que la oposición ha por fin aceptado la Constitución que en un momento consideró inaceptable. Ello pudiera significar el inicio de un proceso de auto-transformación de la oposición, dejando de ser una fuerza desleal para convertirse en una fuerza leal. Pero todo dependerá, como dependió al principio del régimen, de la postura del oficialismo. Si el oficialismo entorpece dicho proceso electoral, entorpecerá también dicha transformación de la oposición.

5. Conclusiones

El planteamiento principal de este ensayo es que la estabilidad democrática depende no sólo del respeto a la oposición, como bien lo recalcan los teóricos liberales del siglo XVIII, sino también del subsidio político de la misma. Para que la oposición no se sienta amenazada y

temerosa por su futuro político, debe sentir que el régimen democrático le es sumamente generoso. El chavismo ha provocado inestabilidad precisamente en su incapacidad, o bien, su falta de deseo, de subsidiar la oposición.

El problema de subsidiar la oposición es complicado políticamente. Cuando existe poca asimetría entre el oficialismo y la oposición, no es tan necesario subsidiar la oposición, pues ésta ya cuenta con suficiente fuerza. En cambio, cuando la asimetría es grande, es decir, cuando la oposición es sumamente débil ante el oficialismo, es entonces que se hace más imprescindible subsidiar a la oposición. El problema es que, en dichas circunstancias, el oficialismo siente pocos incentivos para otorgar subsidios. Al contrario, el oficialismo suele opinar que nunca ha habido mejor momento para arremeter contra la oposición, ahora que se encuentra en declive. El oficialismo siente entonces la tentación de aprovechar la vulnerabilidad de la oposición para debilitarla más.

Sin embargo, el caso de Venezuela demuestra que, aun para los gobiernos hiper-mayoritarios, el otorgar subsidios a la oposición puede ser una estrategia ventajosa. Si la estrategia de desactivar la oposición fracasa, como sucedió en Venezuela entre el 2000-2002, el resultado es el surgimiento de una oposición intransigente, desleal, y capaz de derrocar el gobierno. Ningún gobierno puede funcionar bien, y difícilmente sobrevivir, con semejante oposición. Al oficialismo le conviene por lo tanto una oposición más cooperadora. Los gobiernos democráticos suelen tener más éxito cuando la oposición está dispuesta a negociar con ellos que cuando la oposición está enfrentada tenazmente. Si el oficialismo en Venezuela decide empezar a otorgarle subsidios a la oposición, o al menos, frenar su afán por desconocerla, no sería la oposición la única beneficiada. El mismo oficialismo pudiera también salir beneficiado.

Bibliografía

- Blanco, Carlos (2002): *Revolución y desilusión. La Venezuela de Hugo Chávez*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Boersner, Demetrio (2003): "Dimensión internacional de la crisis venezolana". Ponencia en el simposio "Venezuela en la encrucijada", Berlín (en este volumen).
- Braig, Marianne (2003): ¿La *longue durée* del populismo o el populismo como sombra de la democracia? Ponencia en el simposio "Venezuela en la encrucijada", Berlín (en este volumen).
- Buxton, Julia (2003): "Economic Policy and the Rise of Hugo Chávez". En: Ellner, Steve/Hellinger, Daniel (eds.): *Venezuelan Politics in the Chávez Era: Class, Polarization, and Conflict*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner, pp. 113-130.
- Canache, Damarys (2002): *Venezuela: Public Opinion and Protest in a Fragile Democracy*. Coral Gables, FL: North-South Center Press/University of Miami.
- Combellas, Ricardo (2003): "El proceso Constituyente y la Constitución de 1999". Mimeo.
- Consultores21. *Various Years*. Caracas: Public Opinion Polls.
- Coppedge, Michael (2003): "Venezuela: Popular Sovereignty versus Liberal Democracy". En: Domínguez, Jorge I./Schmitter, Philippe (eds.): *Constructing Democratic Governance in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 165-192.
- Corrales, Javier (2001): "Strong Societies, Weak Parties: Regime Change in Cuba and Venezuela in the 1950s and Today". En: *Latin American Politics and Society*, 43, 2 (Summer), pp. 81-113.
- (2002): *Presidents Without Parties*. Pennsylvania: Penn. State University Press.
- (2003): "Power Asymmetries and Pact-Making: Revisiting and Updating the Venezuelan Case". Paper presented at the David Rockefeller Center for Latin American Studies. Cambridge, MA: Harvard University (October).
- Crisp, Brian (2000): *Democratic Institutional Design*. Stanford: Stanford University Press.
- Di Palma, Giuseppe (1990): *To Craft Democracies: an Essay on Democratic Transitions*. Berkeley: University of California Press.
- Ellner, Steve (1993): "The Venezuelan Left: From Years of Prosperity to Economic Crisis". En: Carr, Barry/Ellner, Steve (eds.): *The Latin American Left: From the Fall of Allende to Perestroika*. Boulder: Westview Press, p. 139-154.
- Falcoff, Mark (2001): "Viva Chávez!". May 21, <http://findarticles.com/p/articles/mi_m2633/is_3_15/ai_75607815/print> (25.5.2007).
- Gil Yepes, José Antonio (2003): "Public Opinion Toward the Personalities and Institutions of the Fifth Republic". Dallas, Texas: Latin American Studies Association. XXIV International Congress (March 27-29).
- Gott, Richard (2000): *In the Shadow of the Liberator*. London: Verso.
- Hellinger, Daniel (2003): "Political Overview: The Breakdown of Puntofijismo and the Rise of Chavismo". En: Ellner, Steve/Hellinger, Daniel (eds.): *Venezuelan*

- Politics in the Chávez Era: Class, Polarization, and Conflict*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner, pp. 27-54.
- Karl, Terry (1990): "Dilemmas of Democratization in Latin America". En: *Comparative Politics*, 23, 1 (October), pp. 1-23.
- Karl, Terry Lynn/Schmitter, Philippe (1991): "Modes of Transition in Latin America, Southern Europe and Eastern Europe". En: *International Social Science Journal* 128, pp. 269-284.
- Kornblith, Miriam (1991): "The Politics of Constitution-Making: Constitutions and Democracy in Venezuela". En: *Journal of Latin American Studies*, vol. 23, Issue 1 (Febr.), pp. 61-89.
- Levine, Daniel (1998): "Beyond the Exhaustion of the Model: Survival and Transformation of Democracy in Venezuela". En: Canache, Damaris/Kulisheck, Michael (eds.): *Reinventing Legitimacy: Democracy and Political Change in Venezuela*. Westport, CT: Greenwood, pp. 187-214.
- López-Maya, Margarita/Lander, Luis (2000): "Refounding the Republic". En: *NACLA Report on the Americas*, 33, 6 (May/June).
- Maihold, Günther (2003): "¿Por qué no aprenden las élites políticas? El caso de Venezuela". Ponencia en el simposio "Venezuela en la encrucijada", Berlín (en este volumen).
- Maingon, Thais (2003): "Síntomas de la crisis y la deslegitimación del sistema de partidos en Venezuela". Ponencia en el simposio "Venezuela en la encrucijada", Berlín (en este volumen).
- Maingon, Thais/Pérez Baralt, Carmen/Sonntag, Heinz P. (2000): "La batalla por una nueva Constitución para Venezuela". En: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 62, num. 4 (oct.-dic.), pp. 91-124.
- O'Donnell, Guillermo/Schmitter, Phillippe (1986): *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*. Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press.
- Penfold, Michael (1999): *Constituent Assembly in Venezuela*. Atlanta: The Carter Center.
- Przeworski, Adam (1991): *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*. New York: Cambridge University Press.
- Reynolds, Andrew (2002): *The Architecture of Democracy*. Oxford: Oxford University Press.
- Roberts, Kenneth (2003): "Social Polarization and the Populist Resurgence in Venezuela". En: Ellner, Steve/Hellinger, Daniel (eds.): *Venezuelan Politics in the Chávez Era: Class, Polarization, and Conflict*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner, pp. 54-72.
- Robinson, Linda (2003): "Terror Close to Home". En: *US News and World Report*, October 6, pp. 20-22, 24.
- Statistical Yearbook for Latin America and the Caribbean* (2002): Economic Commission for Latin America and the Caribbean, Statistics and Economics Projections Division.

- Welsch, Friedrich/Camprubí, María del Pilar (2003): “Las victorias electorales de Chávez y sus bases políticas”. Ponencia en el simposio “Venezuela en la encrucijada”, Berlín (en este volumen).
- Weyland, Kurt (2002): *The Politics of Market Reforms in Fragile Democracies*. Princeton: Princeton University Press.
- Wilpert, Gregory (2003): “Collision in Venezuela”. En: *New Left Review*, 21 (May-June), pp. 101-116.